



ARTE

Gregorio Prieto: Una vida de Pintura

Soledad Gabriel y Galán



manifestaciones donde la belleza tuviera algo que susurrarle. Su extensa vida, de juventud empedernida, ha dejado tras de sí la estela de una obra prolífica y personal que suele escapar-se a calificativos convencionales.

Inquieto y nervioso, dotado de una desbordada imaginación y certera intuición, se propuso ser pintor, ser famoso, ver mundo, escribir y tener un museo. Todo ello lo obtuvo con creces, ayudado por su obstinación de Tauro y una enorme capacidad de trabajo, sabiendo aprovechar tanto los éxitos como las contrariedades que jalonaron su camino. Un camino andado paso a paso, a veces a zancadas, y que, sin embargo, no alejó su corazón de su adorada Mancha natal.

Nacido en Valdepeñas un 2 de mayo de 1897, cuenta la tradición oral que el pequeño Gregorio comenzó dibujando con el entonces indispensable lápiz de color azul y rojo que abundaba en el bazar propiedad de la familia Prieto. Bazar que, a modo de gigantesco bodegón, donde se acumulaban infinitud de objetos, seguramente impresionaría la retina del niño.

Muy pronto (1905) se trasladaría con su familia a Madrid. Ya en la adolescencia comenzaría los estudios en la Escuela Industrial ante la presión paterna de "hacer algo de provecho". Sin embargo, tan sólo destacaría en dibujo lineal, siendo un desastre en el resto de las asignaturas y abandonando finalmente esa dirección. Pasaría a estudiar mecanografía y taquigrafía, y ante la desesperación de su padre el fracaso vuelve a repetirse.

Entrará entonces a trabajar en el taller de escenografía de Martínez Garín. Ilusionado ante la idea de por fin poder dedicarse a pintar enormes decorados, la realidad (tantas veces castradora de sueños) le demuestra que encolar, pegar carteles o clavar listones nada tiene que ver con lo que había imaginado. Pese al empeño y resignación con que trabaja, de nuevo ter-

mina abandonando. En secreto se prepara para el examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, superando con éxito la prueba ante la resignación definitiva, en este caso, de su padre. El rumbo por fin ya está marcado y lo seguirá incansable hasta el resto de sus días.

Destacando rápidamente por sus dotes pictóricas le conceden una beca para realizar cursos de verano en El Pualar y Aranjuez. De estos momentos datan sus primeras obras: paisajes al natural con una técnica cercana al Impresionismo e incluso al Puntillismo, de delicada ejecución, colores esponjosos, palpitantes, bañados por una luz cálida e inocente que no funde las cosas sino que las revela. Pinturas de lirismo contenido que tal vez tengan relación con la gran amistad que desde ahora y a lo largo de toda su vida mantendrá con los poetas de su tiempo: Lorca, Aleixandre o Guillén. Más tarde Cernuda o Alberti. Poetas con los que siempre se ha identificado, más que con pintores.

Con las obras de los becados se organiza una exposición a la que asiste la reina Victoria Eugenia. Prieto vende algunos de sus cuadros a coleccionistas franceses. Su éxito comienza a difundirse y es llamado para inaugurar el Salón de Exposiciones de Bilbao. La madurez de su pintura no podía hacer sospechar a los organizadores del evento que el pintor Gregorio Prieto era tan sólo un joven de 22 años, tan ingenuo que rompe un cheque obtenido por la venta de algunas de sus obras en la exposición pensando que era un papel sin valor.

Tras los pasos del viajero

A partir de los años veinte, Prieto viajará y vivirá en distintos lugares de Europa que irán dejando su impronta en los lienzos del pintor. Los primeros pasos le dirigirán a París, donde Picasso ostentaba el trono por excelencia entre los pintores. Su carácter extrovertido le llevará a conocer a los hombres y obras de vanguardia, estudiando las nuevas tendencias, pero sin dejarse arrastrar por ellas. Porque Gregorio Prieto no ha pertenecido a ninguna escuela, ni grupo, ni "ismo". Su modernidad nace de su unicidad. Su mundo pictórico, a pesar de las evoluciones, es homogéneo, es un mundo cerrado que se desarrolla ilimitadamente. Las pinturas parisienses de Prieto son composiciones más estudiadas, bien son temas de naturalezas muertas teñidas de simbolismos en homenaje a sus amigos poetas, bien son paisajes del natural, normalmente de pequeño formato, o bien, como no, sus paisajes manchegos retenidos en la memoria y plasmados con delicada serenidad e intimidad. París le acoge con los brazos abiertos, expone en importantes galerías y

su obra comienza a viajar a distintos puntos del planeta. Pese a todo, decide regresar a España.

Regreso breve, pues prepara el examen para la Beca de Roma, que le es concedida. Roma será un punto de inflexión en la obra del artista. Fascinado desde su juventud por el mundo clásico, se sumergirá con fruición en su trabajo, fruto del cual surgen cuadros simbólicos, de atmósferas inquietantes, ruinas melancólicas y vigorosos maniqués. Una interpretación tan personal del mundo antiguo que Valle-Inclán (entonces director de la Academia de Roma) no duda en comparar la obra de Prieto con la de Goya.

Si Roma le deslumbró, su posterior estancia en Grecia significará la cúspide y apoteosis de la exaltación del mundo helénico. Su pintura continúa combinando las ruinas arqueológicas con las enigmáticas presencias humanas, que frecuentemente suelen ser marineros, *alter ego* del viajero estepario manchego. En Grecia, Prieto encontrará otra Mancha, igualmente blanca y plagada de molinos, diferente por la presencia del mar.

Después de Grecia vendrían Berlín, Bélgica, Dinamarca, Groenlandia, Egipto y finalmente Inglaterra, donde acudiría para quedarse unas pocas semanas y permaneció catorce años. Es un periodo difícil, de Guerra Civil en España y Guerra Mundial en el resto, pero su concepción del arte, basada en el quehacer múltiple y diario, hará que su espíritu pacifista y alejado de convicciones políticas se mantenga a flote. Será un periodo de íntima reflexión y restricción. Sus paisajes, de volúmenes compactos y tonalidades apagadas, se adueñan de la luz inglesa con una maestría superior a la de los pintores nativos. El éxito continúa siguiéndole los pasos, asombrando al público en cada nueva exposición. Sus lienzos comienzan a competir con sus innumerables dibujos, dibujos que la crítica califica como "poesía en línea" y que serán solicitados para acompañar prestigiosas ediciones de Shakespeare o Milton.

De vuelta a España

Cansado de la II Guerra Mundial, regresará a España. Su capacidad de entusiasmo y admiración por lo bello le encaminará hacia distintos lugares de nuestro país en un intento por redescubrirlo. De cada viaje volverá cargado con una nueva carpeta de dibujos: Sevilla, Tarragona, Granada...

Continuará cultivando la amistad de poetas, colaborando con ellos en multitud de libros. Los dibujos de Prieto van a ser más expresionistas, cargados de una ironía sarcástica que le acerca a Dalí, Picasso o D'Ors.

Desde su Valdepeñas natal el torbellino artístico de Gregorio Prieto no conocerá descanso, creando los famosos "popares" (*collages*) durante los años sesenta e investigando en sus lienzos y dibujos hasta el final de su larga vida.

Son numerosos los tributos de homenaje que Gregorio Prieto recibirá próximamente. En Valdepeñas, en el Museo de la Fundación que lleva su nombre, dieciocho artistas manchegos colgaron sus obras junto a otras de Prieto cedidas por el Museo Reina Sofía, en una exposición que permaneció abierta todo el mes de septiembre. A mediados de ese mismo mes, la Fundación "La Caixa" inauguró en Barcelona una exposición sobre las vanguardias fotográficas con presencia de Prieto. Por último, a partir de octubre, una muestra antológica itinerante, organizada por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, reúne la obra de Prieto primero en Madrid (Centro Cultural Conde Duque), en diciembre recalará en Toledo (Museo de Santa Cruz) y posteriormente en otros museos de Castilla-La Mancha.

Fue pintor, fue famoso, vio mundo, escribió y tres museos llevan su nombre. Lo consiguió. □

